

Sobre la sexualidad femenina
(1931)

Folio: 5 D/F. 6

Nota introductoria

«Über die weibliche Sexualität»

Ediciones en alemán

- 1931 *Int. Z. Psychoanal.*, 17, nº 3, págs. 317-32.
1934 *GS*, 12, págs. 120-40.
1948 *GW*, 14, págs. 517-37.
1972 *SA*, 5, págs. 273-92.

Traducciones en castellano *

- 1955 «Sobre la sexualidad femenina». *SR*, 21, págs. 279-99. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), 3, págs. 518-32.
1974 Igual título. *BN* (9 vols.), 8, págs. 3077-89.

Aparentemente, el primer borrador de este trabajo fue escrito a fines de febrero de 1931, pero sólo se lo completó en el verano de dicho año (Jones, 1957, pág. 176).

El presente estudio es en esencia una reformulación de los hallazgos que Freud había anunciado por primera vez seis años antes, en «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos» (1925j), trabajo respecto del cual se hallarán consideraciones en mi correspondiente «Nota introductoria» (*AE*, 19, pág. 261). La publicación de aquel trabajo anterior tuvo notable repercusión entre los psicoanalistas, especialmente, tal vez, en Inglaterra, y es posible que ello haya estimulado a Freud para volver a abordar el tema. La última sección del presente artículo contiene críticas a algunos trabajos ajenos —cosa muy inusual en Freud—; y, curiosamente, parece tratar a esos trabajos cual si hubieran surgido de manera espontánea, y no (como claramente ocurrió) a modo de reacción frente a

* (Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y n. 6.)

su propio revolucionario trabajo de 1925 —al cual, de hecho, no se refiere aquí en absoluto—.

Pero hay uno o dos aspectos en que el presente artículo amplía el anterior: hace mayor hincapié (evidentemente, sobre la base de nuevo material clínico) en la intensidad y prolongada duración de la ligazón preedípica de la niña con su madre, y lo que quizá sea aún más interesante, efectúa un extenso examen del elemento *activo* en la actitud de la niña hacia la madre y en la feminidad en general.

Alrededor de un año después de publicado este artículo, Freud retomó la cuestión de la sexualidad femenina en la 33ª de sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a), de una manera muy similar pero algo menos técnica, y añadiéndole algunas consideraciones sobre las características de las mujeres en su vida adulta.

James Strachey

I

En la fase del complejo de Edipo normal encontramos al niño tiernamente prendado del progenitor de sexo contrario, mientras que en la relación con el de igual sexo prevalece la hostilidad. No tropezamos con ninguna dificultad para deducir este resultado en el caso del varoncito. La madre fue su primer objeto de amor; luego, con el refuerzo de sus aspiraciones enamoradas, lo sigue siendo, y a raíz de la intelección más profunda del vínculo entre la madre y el padre, este último no puede menos que devenir un rival. El caso es diverso para la niña pequeña. También la madre fue, por cierto, su primer objeto; ¿cómo halla entonces el camino hasta el padre? ¿Cómo, cuándo y por qué se desase de la madre? Hace tiempo hemos comprendido que la tarea de resignar la zona genital originariamente rectora, el clítoris, por una nueva, la vagina, complica el desarrollo de la sexualidad femenina.¹ Ahora se nos aparece una segunda mudanza de esa índole, el trueque del objeto-madre originario por el padre, no menos característico y significativo para el desarrollo de la mujer. No alcanzamos a discernir todavía de qué manera ambas tareas se enlazan entre sí.

Como es sabido, es frecuente el caso de mujeres con intensa ligazón-padre; en modo alguno serán por fuerza neuróticas. En tales mujeres he realizado las observaciones de que informaré y que me han movido a adoptar cierta concepción acerca de la sexualidad femenina. Dos hechos me llamaron sobre todo la atención. He aquí el primero: toda vez que existía una ligazón-padre particularmente intensa, había sido precedida, según el testimonio del análisis, por una fase de ligazón-madre exclusiva de igual intensidad y apasionamiento. La segunda fase apenas si había aportado

¹ [Cf. *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), AE, 7, págs. 201-2. Esto ya había sido sostenido por Freud, empero, en una carta a Fliess del 14 de noviembre de 1897 (Freud, 1950a, Carta 75), AE, 1, pág. 312.]

a la vida amorosa algún rasgo nuevo, salvo el cambio de vía (*Wechsel*) del objeto. El vínculo-madre primario se había edificado de manera muy rica y plurilateral.

El segundo hecho enseñaba que habíamos subestimado también la duración de esa ligazón-madre. En la mayoría de los casos llegaba hasta bien entrado el cuarto año, en algunos hasta el quinto, y por tanto abarcaba la parte más larga, con mucho, del florecimiento sexual temprano. Más aún: era preciso admitir la posibilidad de que cierto número de personas del sexo femenino permanecieran atascadas en la ligazón-madre originaria y nunca produjeran una vuelta cabal hacia el varón.

Con ello, la fase preedípica de la mujer alcanzaba una significación que no le habíamos adscrito hasta entonces. Puesto que esa fase deja espacio para todas las fijaciones y represiones a que reconducimos la génesis de las neurosis, parece necesario privar de su carácter universal al enunciado según el cual el complejo de Edipo es el núcleo de la neurosis. Pero quien sienta renuencia frente a esa rectificación no está obligado a aceptarla. Por una parte, se puede dar al complejo de Edipo un contenido más lato, de suerte que abarque todos los vínculos del niño con ambos progenitores; por otro lado, también se puede dar razón de las nuevas experiencias diciendo que la mujer llega a la situación edípica normal positiva luego de superar una prehistoria gobernada por el complejo negativo.² De hecho, en el curso de esa fase el padre no es para la niña mucho más que un rival fastidioso, aunque la hostilidad hacia él nunca alcanza la altura característica para el varoncito. Hace mucho que hemos resignado toda expectativa de hallar un paralelismo uniforme entre el desarrollo sexual masculino y el femenino.

La intelección de la prehistoria preedípica de la niña tiene el efecto de una sorpresa, semejante a la que en otro campo produjo el descubrimiento de la cultura minoico-micénica tras la griega.

En este ámbito de la primera ligazón-madre todo me parece tan difícil de asir analíticamente, tan antiguo, vagaroso, apenas reanimable, como si hubiera sucumbido a una represión particularmente despiadada. Empero, esta impresión puede venirme de que las mujeres acaso establecieron conmigo en el análisis la misma ligazón-padre en la que se habían refugiado al salir de esa prehistoria. En efecto, parece

² [Freud examinó los complejos de Edipo positivo y negativo en *El yo y el ello* (1923b), AE, 19, págs. 34-5.]

que las analistas mujeres, como Jeanne Lampl-de Groot y Helene Deutsch, pudieron percibir ese estado de los hechos de manera más fácil y nítida porque en las personas que les sirvieron de testigos tuvieron el auxilio de la transferencia sobre un adecuado sustituto de la madre. En cuanto a mí, no he logrado penetrar un caso de manera perfecta, y por eso me limito a comunicar los resultados más generales y aduzco sólo unas pocas muestras de mis nuevas intenciones. Una de estas es que la mencionada fase de la ligazón-madre deja conjeturar un nexo particularmente íntimo con la etiología de la histeria, lo que no puede sorprender si se repara en que ambas, la fase y la neurosis, se cuentan entre los caracteres particulares de la feminidad; además, la intención de que en esa dependencia de la madre se halla el germen de la posterior paranoia de la mujer.³ Es que muy bien parece ser ese germen la angustia, sorprendente pero de regular emergencia, de ser asesinada (¿devorada?) por la madre. Cabe suponer que esa angustia corresponda a una hostilidad que en la niña se desarrolla contra la madre a consecuencia de las múltiples limitaciones de la educación y el cuidado del cuerpo, y que el mecanismo de la proyección se vea favorecido por la prematuridad de la organización psíquica.⁴

II

He anticipado los dos hechos que me resultaron novedosos, a saber: que la intensa dependencia de la mujer respecto de su padre no es sino la heredera de una igualmente intensa ligazón-madre, y que esta fase anterior tuvo una duración inesperada. Ahora volveré atrás para insertar estos resultados dentro del cuadro del desarrollo sexual femenino, tal como nos hemos ido familiarizando con él; no podremos evitar algunas repeticiones. La comparación continua con las constelaciones que hallamos en el varón no hará sino beneficiar nuestra exposición.

En primer lugar, es innegable que la bisexualidad, que según nuestra tesis es parte de la disposición (constitucio-

³ En el conocido caso de delirio de celos del que informa Ruth Mack Brunswick (1928), la afección proviene directamente de la fijación preedípica (a una hermana). [Cf. también «Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica» (Freud, 1915).]

⁴ [La angustia de la niña de ser asesinada por su madre es examinada *infra*, pág. 239.]

nal) de los seres humanos, resalta con mucho mayor nitidez en la mujer que en el varón. En efecto, este tiene sólo una zona genésica rectora, un órgano genésico, mientras que la mujer posee dos de ellos: la vagina, propiamente femenina, y el clítoris, análogo al miembro viril. Nos consideramos autorizados a suponer que durante muchos años la vagina es como si no estuviese, y acaso sólo en la época de la pubertad proporciona sensaciones. En los últimos tiempos, es verdad, se multiplican las voces de los observadores que hacen remontar mociones vaginales hasta esos años tempranos. Lo esencial, vale decir, lo que precede a la genitalidad en la infancia, tiene que desenvolverse en la mujer en torno del clítoris. La vida sexual de la mujer se descompone por regla general en dos fases, de las cuales la primera tiene carácter masculino; sólo la segunda es la específicamente femenina. Por tanto, en el desarrollo femenino hay un proceso de transporte de una fase a la otra, que carece de análogo en el varón. Otra complicación nace de que la función del clítoris viril se continúa en la posterior vida sexual de la mujer de una manera muy cambiante y que por cierto no se ha comprendido satisfactoriamente. Desde luego, no sabemos cuál es la base biológica de estas particularidades de la mujer; menos todavía podemos atribuirles un propósito teleológico.

Paralela a esta primera gran diferencia corre la otra en el campo del hallazgo de objeto. Para el varón, la madre deviene el primer objeto de amor a consecuencia del flujo del suministro de alimento y del cuidado del cuerpo, y lo seguirá siendo hasta que la sustituya un objeto de su misma esencia o derivado de ella. También en el caso de la mujer tiene que ser la madre el primer objeto. Es que las condiciones primordiales de la elección de objeto son idénticas para todos los niños. Pero al final del desarrollo el varón-padre debe haber devenido el nuevo objeto de amor; vale decir: al cambio de vía sexual de la mujer tiene que corresponder un cambio de vía en el sexo del objeto. Surgen aquí, como nuevas tareas para la investigación, las preguntas por los caminos que sigue esa migración, el grado de radicalidad o de inacabamiento con que se cumple, y las diversas posibilidades que se presentan a raíz de este desarrollo.

Ya hemos discernido otra diferencia entre los sexos en su relación con el complejo de Edipo. Aquí tenemos la impresión de que nuestros enunciados sobre el complejo de Edipo sólo se adecuan en términos estrictos al niño varón, y que acertamos rechazando la designación «complejo de

Electra»,⁵ que pretende destacar la analogía en la conducta de ambos sexos. El inevitable destino del vínculo de simultáneo amor a uno de los progenitores y odio al rival se establece sólo para el niño varón. Y luego es en este en quien el descubrimiento de la posibilidad de castración, como se prueba por la vista de los genitales femeninos, impone la replasmación del complejo de Edipo, produce la creación del superyó y así introduce todos los procesos que tienen por meta la inserción del individuo en la comunidad de cultura. Tras la interiorización de la instancia paterna en el superyó, la siguiente tarea por solucionar es desasir este último de las personas de quienes originariamente fue la subrogación anímica. En esta asombrosa vía evolutiva ha sido justamente el interés genital narcisista, el de la conservación del pene, el utilizado para limitar la sexualidad infantil.⁶

En el varón, sin duda, resta como secuela del complejo de castración cierto grado de menosprecio por la mujer cuya castración se ha conocido. A partir de ese menosprecio se desarrolla, en el caso extremo, una inhibición de la elección de objeto y, si colaboran factores orgánicos, una homosexualidad exclusiva. Muy diversos son los efectos del complejo de castración en la mujer. Ella reconoce el hecho de su castración y, así, la superioridad del varón y su propia inferioridad, pero también se revuelve contra esa situación desagradable. De esa actitud bi-escindida derivan tres orientaciones de desarrollo. La primera lleva al universal extrañamiento respecto de la sexualidad. La mujercita, aterrizada por la comparación con el varón, queda descontenta con su clitoris, renuncia a su quehacer fálico y, con él, a la sexualidad en general, así como a buena parte de su virilidad en otros campos. La segunda línea, en porfiada autoafirmación, retiene la masculinidad amenazada; la esperanza de tener alguna vez un pene persiste hasta épocas increíblemente tardías, es elevada a la condición de fin vital, y la fantasía de ser a pesar de todo un varón sigue poseyendo a menudo virtud plasmadora durante prolongados períodos. También este «complejo de masculinidad» de la mujer puede terminar en una elección de objeto homosexual manifiesta. Sólo un tercer desarrollo, que implica sin duda rodeos, desemboca en la final configuración femenina que

⁵ [Cf. «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina» (1920a), *AE*, 18, pág. 148n. La frase había sido usada por Jung (1913, pág. 370).]

⁶ [Véase, respecto de todo esto, «El sepultamiento del complejo de Edipo» (1924d), *AE*, 19, pág. 181.]

toma al padre como objeto y así halla la forma femenina del complejo de Edipo. Por lo tanto, el complejo de Edipo es en la mujer el resultado final de un desarrollo más prolongado; no es destruido por el influjo de la castración, sino creado por él; escapa a las intensas influencias hostiles que en el varón producen un efecto destructivo, e incluso es frecuentísimo que la mujer nunca lo supere. Por eso son más pequeños y de menor alcance los resultados culturales de su descomposición. Probablemente no se yerre aseverando que esta diferencia en el vínculo recíproco entre complejo de Edipo y complejo de castración imprime su cuño al carácter de la mujer como ser social.⁷

La fase de la ligazón-madre exclusiva, que puede llamarse *preedípica*, reclama entonces una significación muchísimo mayor en la mujer, que no le correspondería en el varón. Numerosos fenómenos de la vida sexual femenina, mal comprendidos antes, hallan su esclarecimiento pleno si se los reconduce a ella. Por ejemplo, uno observado desde tiempo atrás: muchas mujeres que han escogido a su marido según el modelo del padre o lo han puesto en el lugar de este repiten con él, sin embargo, en el matrimonio, su mala relación con la madre.⁸ El debía heredar el vínculo-padre y en realidad hereda el vínculo-madre. Se lo comprende con facilidad como un evidente caso de regresión. El vínculo-madre fue el originario; sobre él se edificó la ligazón-padre, y ahora en el matrimonio sale a la luz, desde la regresión, lo originario. El endoso de ligazones afectivas del objeto-madre al objeto-padre constituye, en efecto, el contenido principal del desarrollo que lleva hasta la feminidad.

Si tantas mujeres nos producen la impresión de que la lucha con el marido ocupa su madurez como la lucha con la madre ocupó su juventud, a la luz de las puntualizaciones

⁷ Se puede prever que los feministas entre los hombres, pero también nuestras analistas mujeres, discreparán con estas puntualizaciones. Difícilmente dejarán de objetar que tales doctrinas provienen del «complejo de masculinidad» del varón y están destinadas a procurar justificación teórica a su innata tendencia a rebajar y oprimir a la mujer. Sólo que semejante argumentación psicoanalítica recuerda en este caso, como en tantos otros, a la famosa «vara de dos puntas» de Dostoievski. En efecto, a su vez los oponentes de quienes sostengan tales asertos hallarán muy comprensible que el sexo femenino no quiera aceptar algo que parece contradecir su igualdad al varón, cálidamente ansiada. Es evidente que el uso del psicoanálisis como instrumento polémico no lleva a decidir las cuestiones. — [La frase de Dostoievski aparece (aplicada como símil a la psicología) en el alegato en favor de Dmitri de *Los hermanos Karamazov*, libro XII, capítulo X. Freud ya la había citado en «Dostoievski y el parricidio» (1928b), *supra*, pág. 186.]

⁸ [Cf. «El tabú de la virginidad» (1918a), *AE*, 11, págs. 199 y sigs.]

precedentes inferiremos que su actitud hostil hacia la madre no es una consecuencia de la rivalidad del complejo de Edipo, sino que proviene de la fase anterior y halla sólo refuerzo y empleo en la situación edípica. Lo corrobora, en efecto, la indagación analítica directa. Nuestro interés tiene que dirigirse a los mecanismos que se han vuelto eficaces para el extrañamiento del objeto-madre, amado de manera tan intensa como exclusiva. Estamos preparados para hallar, no un único factor de esa índole, sino toda una serie, que cooperen en la misma meta final.

Entre ellos resaltan algunos que están totalmente condicionados por las constelaciones de la sexualidad infantil, o sea que valen de igual manera para la vida amorosa del varoncito. En primera línea han de nombrarse aquí los celos hacia otras personas, hermanitos, rivales entre quienes también el padre encuentra lugar. El amor infantil es desmedido, pide exclusividad, no se contenta con parcialidades. Ahora bien, un segundo carácter es que este amor carece propiamente de meta, es incapaz de una satisfacción plena, y en lo esencial por eso está condenado a desembocar en un desengaño⁹ y dejar sitio a una actitud hostil. En épocas posteriores de la vida, la ausencia de una satisfacción final puede favorecer otro desenlace: como en el caso de los vínculos amorosos de meta inhibida, este factor puede asegurar la persistencia imperturbada de la investidura libidinal; pero en el esfuerzo de los procesos de desarrollo sucede por lo común que la libido abandone la posición insatisfactoria para buscar una nueva.

Otro motivo, mucho más específico, de extrañamiento respecto de la madre resulta del efecto del complejo de castración sobre la criatura sin pene. En algún momento la niña pequeña descubre su inferioridad orgánica, desde luego antes y más fácilmente cuando tiene hermanos o hay varoncitos en su cercanía. Enunciamos ya las tres orientaciones que se abren entonces: *a*) la suspensión de toda la vida sexual; *b*) la porfiada hiperinsistencia en la virilidad, y *c*) los esbozos de la femineidad definitiva. No es fácil aquí hacer precisiones temporales más exactas ni establecer circuitos típicos. Ya el momento en que se descubre la castración es variable, muchos otros factores parecen ser inconstantes y depender del azar. Cuenta el estado del propio quehacer fálico; también, que este sea descubierto o no, y el grado de impedimento que se vivencie tras el descubrimiento.

⁹ [Cf. «Pegan a un niño» (1919e), *AE*, 17, pág. 185.]

El propio quehacer fálico, la masturbación en el clítoris, es hallado por la niña pequeña casi siempre de manera espontánea,¹⁰ y al comienzo no va por cierto acompañado de fantasías. El influjo que sobre su despertar ejerce el cuidado del cuerpo es testimoniado por la tan frecuente fantasía en la que la madre, nodriza o niñera es la seductora.¹¹ No entramos a considerar si el onanismo de la niña es más raro y, desde el comienzo, menos enérgico que el del varón; sería muy posible. También la seducción real es harto frecuente, de parte de otros niños o de personas a cargo de la crianza que quieren calmar al niño, hacerlo dormir o volverlo dependiente de ellas. Toda vez que interviene una seducción, por regla general perturba el decurso natural de los procesos de desarrollo; a menudo deja como secuela vastas y duraderas consecuencias.

Según dijimos, la prohibición de masturbarse se convierte en la ocasión para dejar de hacerlo, pero también es motivo para rebelarse contra la persona prohibidora, vale decir, la madre o su sustituto (que más tarde se fusiona regularmente con ella). La porfía en la masturbación parece abrir el camino hacia la masculinidad. Aun en los casos en que la niña no logró sofocar la masturbación, el efecto de la prohibición en apariencia ineficaz se muestra en su posterior afán de librarse a costa de cualquier sacrificio de esa satisfacción que la hace padecer. Además, ese propósito en que así se persevera puede influir sobre la elección de objeto de la muchacha madura. El rencor por haberle impedido el libre quehacer sexual desempeña un gran papel en el desasimilamiento de la madre. Ese mismo motivo vuelve a producir efectos tras la pubertad, cuando la madre cree su deber preservar la castidad de la hija.¹² No olvidemos, desde luego, que la madre estorba de igual manera la masturbación del varoncito, y así crea también en él un fuerte motivo para la rebelión.

Cuando la niña pequeña se entera de su propio defecto por la vista de un genital masculino, no acepta sin vacilación ni renuencia la indeseada enseñanza. Como tenemos dicho, se obstina en la expectativa de poseer alguna vez un genital así, y el deseo de tenerlo sobrevive todavía largo tiempo a la esperanza. En todos los casos, el niño considera al comienzo la castración sólo como un infortunio individual, sólo más tarde la extiende también a ciertos niños, y por

¹⁰ [Cf. *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), *AE*, 7, pág. 201.]

¹¹ [Esto se examina con más amplitud *infra*, págs. 239-40.]

¹² [Cf. «Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica» (1915f), *AE*, 14, pág. 267.]

fin a algunos adultos.¹³ Cuando se capta la universalidad de este carácter negativo, se produce una gran desvalorización de la feminidad, y por eso también de la madre.

Es muy posible que la precedente pintura del comportamiento de la niña pequeña frente a la impresión de la castración y a la prohibición del onanismo haya parecido al lector confusa y contradictoria. No es enteramente culpa del autor. En realidad, apenas es posible una exposición universalmente válida. En diversos individuos hallamos las más diferentes reacciones y en un mismo individuo coexisten actitudes contrapuestas. Tan pronto interviene por primera vez la prohibición, se genera el conflicto, que en lo sucesivo acompañará al desarrollo de la función sexual. También significa un particular obstáculo para la intelección el hecho de que resulte tan trabajoso distinguir los procesos anímicos de esta primera fase y los de fases posteriores, que se les superponen y los desfiguran en el recuerdo. Por ejemplo, en algún momento se concebirá el hecho de la castración como un castigo por el quehacer onanista, pero se atribuirá al padre su ejecución, cuando en verdad ninguna de ambas creencias puede ser originaria. De manera similar, el varoncito teme la castración regularmente de su padre, aunque también en su caso la amenaza partió casi siempre de la madre.

Comoquiera que fuese, al final de esta primera fase de la ligazón-madre emerge como el más intenso motivo de extrañamiento de la hija respecto de la madre el reproche de no haberla dotado de un genital correcto, vale decir, de haberla parido mujer.¹⁴ No sin sorpresa se oye otro reproche, que se remonta un poco menos atrás: la madre dio escasa leche a su hija, no la amamantó el tiempo suficiente. Acaso ello sea cierto tantas veces en nuestras circunstancias culturales, pero sin duda no con tanta frecuencia como se lo asevera en el análisis. Parece más bien que esa acusación expresara el universal descontento de los niños que, bajo las condiciones culturales de la monogamia, son destetados trascurridos de seis a nueve meses, mientras que la madre primitiva se consagraba a su hijo durante dos o tres años de manera exclusiva; parece, pues, que nuestros niños permanecieran insaciados para siempre, como si no hubieran mamado el tiempo suficiente del pecho materno. Empero, no estoy seguro de que no se tropezaría con idéntica queja en

¹³ [Se da un ejemplo en una nota al pie de *El yo y el ello* (1923b), *AE*, 19, pág. 33.]

¹⁴ [Freud había señalado esto en «Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico» (1916d), *AE*, 14, pág. 322.]

el análisis de niños amamantados durante tanto tiempo como los hijos de los primitivos. ¡Tan grande es la voracidad de la libido infantil!

Repasemos toda la serie de las motivaciones que el análisis descubre para el extrañamiento respecto de la madre: omitió dotar a la niñita con el único genital correcto, la nutrió de manera insuficiente, la forzó a compartir con otro el amor materno, no cumplió todas las expectativas de amor y, por último, incitó primero el quehacer sexual propio y luego lo prohibió; tras esa ojeada panorámica, nos parece que esos motivos son insuficientes para justificar la final hostilidad. Algunos son consecuencia inevitable de la naturaleza de la sexualidad infantil; los otros presentan el aspecto de unas racionalizaciones amañadas más tarde para explicar un cambio de sentimientos no comprendido. Quizá lo más correcto sea decir que la ligazón-madre tiene que irse a pique (al fundamento) justamente porque es la primera y es intensísima, algo parecido a lo que puede observarse sobre el primer matrimonio de mujeres jóvenes enamoradas con la máxima intensidad. Aquí como allí, la actitud (postura) de amor naufragaría a raíz de los inevitables desengaños y de la acumulación de las ocasiones para la agresión. Por lo general, un segundo matrimonio marcha mucho mejor.

No podemos llegar tan lejos como para aseverar que la ambivalencia de las investiduras de sentimiento sea una ley psicológica de validez universal, ni que sea de todo punto imposible sentir gran amor por una persona sin que vaya aparejado un odio acaso de igual magnitud, o a la inversa. Es indudable que la persona normal y adulta consigue separar entre sí ambas posturas para no tener que odiar a su objeto de amor ni amar también a su enemigo. Pero esto parece ser el resultado de desarrollos más tardíos. En las primeras fases de la vida amorosa es evidente que la ambivalencia constituye la regla. En muchos seres humanos este rasgo arcaico se conserva durante toda la vida; es característico del neurótico obsesivo el equilibrio de amor y odio en sus vínculos de objeto. También respecto de los primitivos podemos sostener el predominio de la ambivalencia.¹⁵ Entonces, la intensa ligazón de la niña pequeña con su madre debió de haber sido muy ambivalente, y justamente por esa ambivalencia, con la cooperación de otros factores, habrá sido esforzada a extrañarse de ella; vale

¹⁵ [Cf. *Tótem y tabú* (1912-13), *pássim*, especialmente el segundo ensayo.]

decir: el proceso es, también aquí, consecuencia de un carácter universal de la sexualidad infantil.

En contra de este intento de explicación enseguida se planteará la pregunta: ¿Cómo puede en tal caso el varoncito conservar incólume su ligazón-madre, que por cierto no es menos intensa? Con igual rapidez acude la respuesta: Porque le resulta posible tramitar su ambivalencia hacia la madre colocando en el padre todos sus sentimientos hostiles. Pero, en primer lugar, no debe darse esta respuesta antes de estudiar a fondo la fase preedípica del varón; y en segundo lugar, probablemente lo más cauto sea confesar que uno todavía no penetra bien estos procesos, de los que se acaba de tomar conocimiento.

III

Otra pregunta reza: ¿Qué demanda la niña pequeña de su madre? ¿De qué índole son sus metas sexuales en esa época de la ligazón-madre exclusiva? La respuesta, tomada del material analítico, armoniza en un todo con nuestras expectativas. Las metas sexuales de la niña junto a la madre son de naturaleza tanto activa como pasiva, y están comandadas por las fases libidinales que atraviesan los niños. La relación de la actividad con la pasividad merece aquí nuestro particular interés. Es fácil observar que en todos los ámbitos del vivenciar anímico, no sólo en el de la sexualidad, una impresión recibida pasivamente provoca en el niño la tendencia a una reacción activa. Intenta hacer lo mismo que antes le hicieron o que hicieron con él. He ahí una porción del trabajo que le es impuesto para dominar el mundo exterior, y hasta puede llevar a que se empeñe en repetir unas impresiones que habría tenido motivos para evitar a causa de su contenido penoso. También el juego infantil es puesto al servicio de este propósito de complementar una vivencia pasiva mediante una acción y cancelarla de ese modo, por así decir. Si el doctor hace abrir la boca al niño renuente para examinar su garganta, luego que él se aleje el niño jugará al doctor y repetirá el violento procedimiento en un hermanito tan desvalido frente a él como él lo estuvo frente al doctor.¹⁰ En todo esto se muestra de manera inequívoca una rebeldía contra la pasividad y una predi-

¹⁰ [Se hallará un pasaje similar en *Más allá del principio de placer* (1920g), *AE*, 18, págs. 16-7.]

lección por el papel activo. No en todos los niños se da con igual regularidad y energía esa alternancia de la pasividad a la actividad, y en muchos puede faltar. De esta conducta del niño se puede extraer una inferencia acerca de la intensidad relativa de la masculinidad y feminidad que habrá de mostrar en su sexualidad.

Las primeras vivencias sexuales y de tinte sexual del niño junto a la madre son desde luego de naturaleza pasiva. Es amamantado, alimentado, limpiado, vestido por ella, que le indica todos sus desempeños. Una parte de la libido del niño permanece adherida a estas experiencias y goza de las satisfacciones conexas; otra parte se ensaya en su re-vuelta (*Umwendung*) a la actividad. Primero, en el pecho materno, el ser-amamantado es relevado por el mamar activo. En los otros vínculos, el niño se contenta con la autonomía, o sea, con el triunfo de ejecutar él mismo lo que antes le sucedió, o con la repetición activa de sus vivencias pasivas en el juego; o bien efectivamente convierte a la madre en el objeto respecto del cual se presenta como sujeto activo. Esto último, que se cumple en el ámbito del propio que-hacer, me pareció increíble durante mucho tiempo, hasta que la experiencia disipó toda duda.

Es raro oír que la niña pequeña lave a la madre, la vista o le indique hacer sus necesidades excrementicias. Es verdad que le dice en ocasiones: «Ahora jugaremos a que yo soy la madre y tú el nene», pero casi siempre cumple esos deseos activos de manera indirecta, en el juego con la muñeca, donde ella misma figura a la madre como la muñeca al nene. La preferencia de la niña —a diferencia del varón— por el juego de la muñeca suele concebirse como signo del temprano despertar de la feminidad. Y no sin razón; empero, no debe pasarse por alto que lo que aquí se exterioriza es la actividad de la feminidad, y que esta predilección de la niña tal vez atestigüe el carácter exclusivo de la ligazón con la madre, con total prescindencia del objeto-padre.

La actividad sexual de la niña hacia la madre, tan sorprendente, se exterioriza siguiendo la secuencia de aspiraciones orales, sádicas y, por fin, hasta fálicas dirigidas a aquella. Es difícil informar aquí sobre los detalles, pues a menudo se trata de mociones pulsionales oscuras que la niña no podía asir psíquicamente en la época en que ocurrieron, por lo cual sólo han recibido una interpretación con posterioridad (*nachträglich*) y emergen luego en el análisis con formas de expresión que por cierto no tuvieron originariamente. A veces nos salen al paso como trasferencias al posterior objeto-padre, de donde no son oriundas, y perturban sensible-

mente la comprensión. Hallamos los deseos agresivos orales y sádicos en la forma a que los constriñó una represión prematura: como angustia de ser asesinada por la madre, a su vez justificatoria del deseo de que la madre muera, cuando este deviene consciente. No sabemos indicar cuán a menudo esta angustia frente a la madre se apuntala en una hostilidad inconciente de la madre misma, colegida por la niña. [Cf. pág. 229.] (En cuanto a la angustia de ser devorado, hasta ahora sólo la he hallado en varones y referida al padre; empero, es probable que sea el producto de una mudanza de la agresión oral dirigida a la madre. Uno quiere devorar a la madre de quien se nutrió; respecto del padre, le falta a este deseo la ocasión inmediata.)

Las personas del sexo femenino con intensa ligazón-madre en quienes pude estudiar la fase preedípica han informado, de acuerdo con lo anterior, que opusieron la máxima resistencia a las enemas y evacuaciones de intestino que la madre emprendió con ellas, reaccionando con angustia y grito enfurecida. Acaso sea esta una conducta muy frecuente o aun regular de los niños. Sólo logré inteligir los fundamentos de esta protesta particularmente violenta mediante una puntualización de Ruth Mack Brunswick, quien de manera simultánea se ocupaba de los mismos problemas: ella se inclinaba a comparar el estallido de furia tras la enema con el orgasmo tras una estimulación genital. En tal caso, la angustia se comprendería como trasposición del placer de agredir, puesto en movimiento. Opino que efectivamente es así, y que en el estadio sádico-anal la intensa estimulación pasiva de la zona intestinal es respondida por un estallido de placer de agredir, que se da a conocer de manera directa como furia o, a consecuencia de su sofocación, como angustia. Esta reacción parece agotarse en años posteriores.

Entre las mociones pasivas de la fase fálica, se destaca que por regla general la niña inculpa a la madre como seductora, ya que por fuerza debió registrar las primeras sensaciones genitales, o al menos las más intensas, a raíz de los manejos de la limpieza y el cuidado del cuerpo realizados por la madre (o la persona encargada de la crianza, que la subroga). A la niña le gustan esas sensaciones y pide a la madre las refuerce mediante repetido contacto y frote, según me lo han comunicado a menudo las madres como observación de sus hijitas de dos a tres años. A mi juicio, el hecho de que de ese modo la madre inevitablemente despierta en su hija la fase fálica es el responsable de que en las fantasías de años posteriores el padre aparezca tan re-

gularmente como el seductor sexual. Al tiempo que se cumple el extrañamiento respecto de la madre, se trasfiere al padre la introducción en la vida sexual.¹⁷

En la fase fálica sobrevienen por último intensas mociones activas de deseo dirigidas a la madre. El quehacer sexual de esta época culmina en la masturbación en el clítoris, a raíz de la cual es probable que sea representada la madre; empero, mi experiencia no me permite colegir si lleva a la niña a representarse una meta sexual, ni cuál sería esta. Tal meta sólo puede discernirse con claridad cuando todos los intereses de la niña reciben una nueva impulsión por la llegada de un hermanito. La niña pequeña quiere haber sido la madre de este nuevo niño, en un todo como el varón, y también es la misma su reacción frente al acontecimiento y su conducta hacia el niño. Es verdad que esto suena bastante absurdo, pero acaso sólo por el hecho de resultarnos tan insólito.

El extrañamiento respecto de la madre es un paso en extremo sustantivo en la vía de desarrollo de la niña; es algo más que un mero cambio de vía del objeto. Ya hemos descrito su origen, así como la acumulación de sus presuntas motivaciones, y ahora agregaremos que al par que sobreviene se observa un fuerte descenso de las aspiraciones sexuales activas y un ascenso de las pasivas. Es cierto que las aspiraciones activas fueron afectadas con mayor intensidad por la frustración (denegación), demostraron ser completamente inviábiles y por eso la libido las abandona con mayor facilidad, pero tampoco faltaron desengaños del lado de las aspiraciones pasivas. Con el extrañamiento respecto de la madre a menudo se suspende también la masturbación clitorídea, y hartas veces la represión de la masculinidad anterior infiere un daño permanente a buena parte de su querer-alcanzar sexual. El tránsito al objeto-padre se cum-

¹⁷ [Es este el último capítulo de una larga historia. Cuando en los primeros psicoanálisis que realizó Freud sus pacientes histéricas le relataron que habían sido seducidas por su padre en la infancia, él aceptó como auténticos tales relatos y llegó a considerar esos traumas como la causa de la enfermedad. No pasó mucho tiempo antes de que admitiera su error, en una carta a Fliess del 21 de setiembre de 1897 (Freud, 1950a, Carta 69), AE, 1, pág. 301. Enseguida vislumbró el importante hecho de que estos recuerdos aparentemente falsos eran fantasías de deseo que indicaban la existencia del complejo de Edipo. En su *Presentación autobiográfica* (1925d), AE, 20, págs. 32-3, narra sus reacciones contemporáneas a estos descubrimientos. Sólo en el presente párrafo ofreció una explicación cabal de esos recuerdos ostensibles. Todo el episodio es examinado por él con más detalle en la 33ª de sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a), AE, 22, págs. 111-2.]

ple con ayuda de las aspiraciones pasivas en la medida en que estas han escapado al ímpetu subvirtiente (*Umsturz*). Ahora queda expedito para la niña el camino hacia el desarrollo de la feminidad, en tanto no lo angosten los restos de la ligazón-madre preedípica superada.

Si se echa una mirada panorámica sobre el fragmento aquí descrito del desarrollo sexual femenino, no es posible refrenar cierto juicio acerca de la feminidad en su conjunto. Hallamos en acción las mismas fuerzas libidinosas que en el varoncito, y pudimos convencernos de que, en ambos casos, durante cierto tiempo se transita por idénticos caminos y se llega a iguales resultados.

Luego, factores biológicos desvían a esas fuerzas de sus metas iniciales y guían por las sendas de la feminidad aun a aspiraciones activas, masculinas en todo sentido. Como no podemos negar que la excitación sexual se reconduce al efecto de determinadas sustancias químicas, nuestra primera expectativa sería que un día la bioquímica habrá de ofrecernos una sustancia cuya presencia provoque la excitación sexual masculina, y otra que provoque la femenina. Pero esta esperanza no parece menos ingenua que aquella otra, hoy por suerte superada, de descubrir bajo el microscopio sendos excitadores de la histeria, la neurosis obsesiva, la melancolía, etc.

Es que también en el quimismo sexual las cosas han de ser un poco más complicadas.¹⁸ Ahora bien, para la psicología es indiferente que en el cuerpo exista una única sustancia que produzca excitación sexual, o que sean dos o una multitud. El psicoanálisis nos enseña a contar con una única libido, que a su vez conoce metas —y por tanto modalidades de satisfacción— activas y pasivas. En esta oposición, sobre todo en la existencia de aspiraciones libidinales de meta pasiva, está contenido el resto del problema.

IV

Si se examina la bibliografía analítica sobre nuestro tema, uno se convence de que todo lo indicado aquí ya estaba en

¹⁸ [Véanse las consideraciones sobre el quimismo de los procesos sexuales agregadas en 1920 a los *Tres ensayos* (1905d), *AE*, 7, págs. 196-7, donde también se hallará (en pág. 197n.) la versión original del pasaje tal como figuraba en la primera edición del libro.]

ella.¹⁹ Habría sido innecesario publicar este trabajo si no fuera que en un campo de tan difícil acceso puede resultar valioso todo informe acerca de experiencias propias y concepciones personales. Además, he aprehendido muchas cosas con mayor precisión, aislándolas con más cuidado. En algunos de esos otros ensayos, la exposición se vuelve confusa porque simultáneamente se elucidan los problemas del superyó y del sentimiento de culpa. Yo lo he evitado, y en la descripción de los diferentes desenlaces de esta fase del desarrollo tampoco he tratado las complicaciones que sobrevienen cuando la niña regresa a la ligazón-madre resignada a consecuencia de su desilusión con el padre, o en el curso de su vida repetidas veces cambia de vía de una actitud a la otra. Pero justamente porque mi trabajo es sólo una contribución entre otras, puedo ahorrarme una apreciación a fondo de la bibliografía y limitarme a poner de relieve las concordancias sustanciales con algunos de esos trabajos, y las importantes divergencias con otros.

La descripción de Abraham (1921) de las manifestaciones del complejo de castración en la mujer no ha sido en verdad superada todavía; pero nos gustaría ver insertado en ella el factor de la ligazón-madre inicial y exclusiva. Tengo que declararme de acuerdo en los puntos esenciales con el importante trabajo de Jeanne Lampl-de Groot²⁰ (1927), donde se discierne la plena identidad de la fase preedípica en el varoncito y la niña, se sostiene la actividad sexual (fálica) de la niña hacia la madre, y se la prueba mediante observaciones. El extrañamiento respecto de la madre es reconducido al influjo del conocimiento de la castración, que obliga al niño a resignar el objeto sexual y, con él, a menudo, el onanismo; para el desarrollo en su conjunto se acuña la fórmula de que la niña atraviesa una fase de complejo de Edipo «negativo» antes que pueda ingresar en el positivo. Encuentro una insuficiencia de ese trabajo en el hecho de que presenta el extrañamiento de la madre como un mero cambio de vía del objeto, y no considera que se consuma bajo los más claros signos de hostilidad. Esta hostilidad halla apreciación cabal en el último ensayo

¹⁹ [Debe señalarse que las obras coetáneas de otros autores que Freud examina a continuación aparecieron *después* de su trabajo «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos» (1925f), que abarcaba la mayoría de los puntos aquí tratados, pese a lo cual no se hace ninguna referencia a él. Véase mi «Nota introductoria», *supra*, págs. 225-6.]

²⁰ En el artículo del *Zeitschrift*, el nombre de la autora aparecía «A. L. de Gr.»; lo corrijo aquí a su requerimiento.

de Helene Deutsch sobre el masoquismo femenino y su relación con la frigidez (1930), donde la autora admite también la actividad fálica de la muchacha y la intensidad de su ligazón-madre. Deutsch indica, además, que la vuelta hacia el padre acontece por el camino de las aspiraciones pasivas (ya puestas en movimiento a raíz de la madre). En su primer libro publicado (1925), la autora no se había emancipado todavía de la aplicación del esquema edípico también a la fase preedípica, y por eso interpretaba la actividad fálica de la niña como identificación con el padre.

Fenichel (1930) insiste con acierto en la dificultad de discernir, dentro del material que surge en el análisis, lo que corresponde al contenido intacto de la fase preedípica y lo que de ella ha sido desfigurado regresivamente (o de otro modo). No admite la actividad fálica de la niña en el sentido de Jeanne Lampl-de Groot, y rechaza también el «desplazamiento hacia atrás» del complejo de Edipo propuesto por Melanie Klein (1928), quien sitúa sus comienzos ya al empezar el segundo año de vida. Esta precisión temporal, que necesariamente altera también la concepción de todas las otras constelaciones del desarrollo, no coincide de hecho con los resultados del análisis de adultos y es incompatible, en particular, con mis descubrimientos acerca de la larga duración de la ligazón-madre preedípica de la niña. Una vía para amortiguar la contradicción se abre observando que en este campo no somos todavía capaces de distinguir entre lo establecido de manera rígida por leyes biológicas y lo cambiante y mudable bajo el influjo del vivenciar accidental. Además del efecto de la seducción, que conocemos hace tiempo, acaso otros factores —el momento en que nacieron los hermanitos, el del descubrimiento de la diferencia entre los sexos, la observación directa del comercio sexual, la conducta de cortejo o de rechazo de los padres, etc.— pueden contribuir de igual modo a apresurar y hacer madurar el desarrollo sexual infantil.

Algunos autores se inclinan a restar valor a las primeras y más originarias mociones libidinales del niño en favor de procesos posteriores del desarrollo, de suerte que —expresado en términos extremos— sólo les resta a aquellas el papel de señalar ciertas orientaciones, mientras que las intensidades [psíquicas]²¹ que echan a andar por esas vías son

²¹ [*«Intensitäten»*]: No es frecuente que Freud emplee este término, como en este caso, sin un calificativo; aparece exactamente igual, empero, en *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 5, pág. 591. En verdad, lo utiliza como un equivalente de «cantidades», preferido por él en el «Proyecto de psicología» de 1895 (Freud, 1950a). Parece

sufragadas por regresiones y formaciones reactivas posteriores. Así, por ejemplo, Karen Horney (1926) opina que hemos sobrestimado en mucho la primaria envidia del pene de la niña, en tanto atribuye la intensidad de la aspiración a la masculinidad posteriormente desplegada a una envidia del pene secundaria, usada para defenderse de las mociones femeninas, en especial de la ligazón femenina con el padre. Esto no se corresponde con mis impresiones. Por seguro que sea el hecho de los posteriores refuerzos por regresión y formación reactiva, y por difícil que pueda resultar la apreciación relativa de los componentes libidinales afluyentes, opino que no debiéramos pasar por alto que aquellas primeras mociones libidinales poseen una intensidad que se mantiene superior a todas las posteriores, y en verdad puede llamarse incommensurable. Es correcto, sin duda, que entre la ligazón-padre y el complejo de masculinidad hay una relación de oposición —es la oposición universal entre actividad y pasividad, masculinidad y feminidad—, pero ello no nos da derecho a suponer que sólo uno sea el primario, y el otro deba su intensidad sólo a la defensa. Y toda vez que la defensa contra la feminidad se cumple con tanta energía, ¿de dónde recibiría su fuerza si no es de la aspiración a la masculinidad, que ha hallado su primera expresión en la envidia del pene del niño y por eso merece ser llamada de acuerdo con esta?

Una objeción parecida vale para la concepción de Jones (1928) de que la fase fálica en la niña es una reacción de protección secundaria antes que un estadio real del desarrollo. Esto no responde ni a las constelaciones dinámicas ni a las temporales.

usar ambos como sinónimos en su segundo trabajo sobre la neurosis de angustia (1895f), AE, 3, pág. 129. En «La represión» (1915d) equipara la «cantidad» a la «energía pulsional», y en el *Esquema del psicoanálisis* (1940a), AE, 23, pág. 166, luego de la expresión «intensidades psíquicas» agrega entre paréntesis «inversiones».]